

"Historia de una hora" de Kate Chopin

1 Sabiendo que la Sra. Mallard estaba aquejada por un problema cardíaco, se tuvo mucho cuidado en comunicarle con la mayor delicadeza posible la noticia de la muerte de su marido.

2 Fue su hermana Josephine quien se lo dijo, con frases entrecortadas; insinuaciones veladas que revelaban en medio de la ocultación. El amigo de su marido, Richards, también estaba allí, cerca de ella. Era él quien había estado en la oficina del periódico cuando se recibió la información del desastre ferroviario, con el nombre de Brently Mallard encabezando la lista de "muertos». Sólo se había tomado el tiempo de asegurarse de su veracidad mediante un segundo telegrama, y se había apresurado para impedir que cualquier amigo menos cuidadoso y menos tierno llevara el triste mensaje.

Para y anota: *¿Cómo se le comunica a la Sra. Mallard la muerte de su marido? ¿Cómo crees que la gente la trata en su vida cotidiana?*

3 Ella no escuchó la historia como muchas mujeres la han escuchado, con una paralizante incapacidad de aceptar su significado. Lloró de inmediato, con súbito y salvaje abandono, en los brazos de su hermana. Cuando la tormenta de dolor amainó, se retiró a su habitación, sola. No quiso que nadie la siguiera. Allí estaba, frente a la ventana abierta, un sillón cómodo y espacioso. Se hundió en él, presionada por un agotamiento físico que rondaba su cuerpo y parecía llegar a su alma.

Para y anota: *¿Qué tiene de inusual la reacción de la Sra. Mallard ante la muerte de su marido?*

4 En la plaza frente a su casa podía ver las copas de los árboles que temblaban con la nueva vida primaveral. El delicioso aliento de la lluvia estaba en el aire. Abajo, en la calle, un vendedor ambulante pregonaba su mercancía. Las notas de una canción lejana que alguien cantaba le llegaban débilmente, y un sinnúmero de gorriones trinaban en el alero.

5 Aquí y allá asomaban trozos de cielo azul entre las nubes, que se habían juntado y amontonado una encima de otra en el oeste, frente a su ventana.

6 Se sentó con la cabeza hacia atrás sobre el cojín de la silla, casi inmóvil, excepto cuando un sollozo le subía a la garganta y la sacudía, como un niño que ha llorado hasta quedarse dormido y sigue sollozando en sus sueños.

7 Era joven, con un rostro bello y tranquilo, cuyas líneas denotaban represión y hasta cierta fuerza. Pero ahora había una mirada apagada en sus ojos, que estaban fijos en la lejanía, en una de esas manchas de cielo azul. No era una mirada de reflexión, sino que indicaba una suspensión del pensamiento inteligente.

8 Algo se acercaba a ella y lo esperaba con temor. ¿Qué era? No lo sabía; era demasiado sutil y escurridizo para nombrarlo. Pero lo sentía, saliendo sigilosamente del cielo, llegando hacia ella a través de los sonidos, los olores, el color que llenaba el aire.

Para y anota: *¿Cómo reacciona la Sra. Mallard ante la muerte de su marido? ¿Qué crees que siente en su interior, como se describe en el párrafo 8?*

9 Ahora su pecho subía y bajaba agitadamente. Empezaba a reconocer esa cosa que se acercaba a poseerla, y se esforzaba con voluntad para rechazarla, tan impotente como si lo hiciera con sus blancas y delgadas manos. Cuando se abandonó, sus labios ligeramente separados susurraron una pequeña palabra. Lo decía una y otra vez en voz baja: "¡libre, libre, libre!" La mirada vacía y la expresión de terror que la había seguido desaparecieron de sus ojos. Permanecían agudos y brillantes. Su pulso latía con rapidez y el flujo de sangre templaba y relajaba cada centímetro de su cuerpo.

Para y anota: *¿De qué se ha dado cuenta la señora Mallard? ¿Por qué «se esfuerza con voluntad para rechazarlo»?*

10 No se detuvo a preguntarse si la alegría que la invadía era monstruosa o no. Una percepción clara y exaltada le permitió descartar la sugerencia como algo trivial. Sabía que volvería a llorar cuando viera las amables y tiernas manos cruzadas por la muerte; el rostro que nunca la había mirado sino con amor, inmóvil, gris y muerto. Pero, más allá de ese amargo

momento, vio una larga procesión de años por venir que le pertenecerían absolutamente. Y les abrió y extendió los brazos en señal de bienvenida.

11 No habría nadie por quien vivir durante esos próximos años; viviría para sí misma. No habría ninguna voluntad poderosa doblegando la suya en esa persistencia ciega con la que los hombres y las mujeres se creen con derecho a imponer una voluntad privada a un semejante. Una intención bondadosa o una intención cruel no hacían que el acto pareciera menos delictivo cuando ella lo consideraba en ese breve momento de iluminación.

12 Y sin embargo, ella lo había amado... a veces. A menudo, no. ¡Qué importaba! ¡Qué podía significar el amor, el misterio no resuelto, frente a esta autoafirmación que ella reconoció de pronto como el impulso más fuerte de su ser!

Para y anota: *¿Qué nos dicen los párrafos 10-12 sobre el matrimonio de la Sra. Mallard? ¿Qué nos dice el matrimonio de los Mallard sobre el papel de las mujeres y los hombres en los Estados Unidos del siglo XIX?*

13 "¡Libre! Libre en cuerpo y alma", siguió susurrando.

14 Josephine estaba arrodillada ante la puerta cerrada con los labios pegados a la cerradura, implorando que la dejara entrar. "¡Louise, abre la puerta! Te lo ruego; abre la puerta... te vas a enfermar. ¿Qué estás haciendo, Louise? Por el amor de Dios, abre la puerta".

15 "Vete. No me voy a enfermar". No; estaba empapada en un elixir de vida que entraba por esa ventana abierta.

16 Su imaginación corría descontrolada hacia esos días que tenía por delante. Días de primavera, y de verano, y todo tipo de días que serían suyos. Musitó una rápida oración para que la vida fuera larga. Fue ayer mismo la idea de una vida larga le provocaba escalofríos.

17 Al final se levantó y abrió la puerta ante la insistencia de su hermana. Había un triunfo febril en sus ojos, y se conducía inconscientemente como una diosa de la Victoria. Tomó a su hermana por la cintura y juntas bajaron las escaleras. Richards las esperaba abajo.

Para y anota: *¿Cómo se siente la Sra. Mallard con su nueva libertad?*

18 Alguien estaba abriendo la puerta principal con una llave. Fue Brently Mallard quien entró, un poco sucio por el viaje, llevando con tranquilidad su maletín y su paraguas. Había

estado lejos del lugar del accidente, y ni siquiera sabía que había habido uno. Se quedó asombrado ante el grito desgarrador de Josephine; ante el rápido movimiento de Richards para apartarlo de la vista de su esposa.

19 Cuando vinieron los médicos dijeron que había muerto de una enfermedad del corazón... de la alegría que mata.

Para y anota: *¿Qué mató a la Sra. Mallard?*